

# De cartas, cementerios y silencios

---

POR MARGARITA MATEO PALMER

*Hemos llegado al punto en que todo puede convertirse en una gran farsa, en una triste farsa que niega el sentido último de la Revolución. Y no estoy pensando solamente en el cine.*

Tomás Gutiérrez Alea: "Informe a Alfredo", 1971



En un libro que perteneció a Desiderio Navarro leo las cartas y otros textos de Tomás Gutiérrez Alea (Titón). La última mañana que estuve en el piso nueve del ICAIC buscando en el antiguo Centro Criterios los ejemplares que trasladaríamos para un homenaje a su creador, Tatiana Gorstko, su viuda, nos permitió a Yornel Martínez Elías y a mí, con suma generosidad, seleccionar directamente –de la que antes fuera la biblioteca “Salvador Redonet”– los textos que nos interesaran. A vuelo de pájaro, entre los cientos de obras que aún permanecen en los librerías, escogí, entre otros, quizás por un golpe de azar, *Volver sobre mis pasos* (Madrid, 2007). Parecía un libro no leído, casi intocado y, en realidad, no fue hasta que llegué a la página ciento treinta y ocho que apareció la primera de las pocas marcas que hay en sus pliegos: corrección de algunas erratas, asteriscos junto a nombres sin nota al pie, y, sobre todo, líneas –verticales, horizontales– que resaltaban párrafos y oraciones.

Es difícil imaginar el sentido que para ese lector tan especial tuvieron aquellos trazos en tinta azul. A veces, por ejemplo, queda claro que al marcar tanto la fecha de la carta –1964– como la alusión de Titón a la muerte, que lo lleva a sentir que no está preparado aún para irse pues no ha “completado” su vida –“Me siento ya viejo y sin saber quién soy todavía” [1]–, Desiderio está atento a que esas son las reflexiones de un artista que solo tiene entonces treinta y cinco años de edad. En otras ocasiones no es posible saber con certeza qué impulso movió la mano del lector. Sin embargo, como no se trata aquí de una indagación filológica o una suerte de posible hermenéutica, solo haré algunos comentarios a partir de esta superposición de miradas: las de Titón y las de Desiderio, contrapunteo que no aspira a ser exhaustivo.

[1] Gutiérrez Alea, T. (2007). *Volver sobre mis pasos*. Madrid, Ediciones y publicaciones de autor. SRL, p. 143. A partir de ahora las referencias a este libro aparecerán directamente entre paréntesis.



---

En la carta dirigida a Ania Francos el 26 de marzo de 1964, el primer texto marcado, aparecen subrayadas las siguientes líneas:

La Revolución es un gran acto de justicia. Y en nombre de eso tenemos que convivir con pequeñas injusticias cotidianas. La cosa se complica cuando uno quiere conformarse con esas pequeñas injusticias (que a veces no son tan pequeñas, claro) y no quiere hacer nada que pueda perjudicar a la Revolución. (138)

Ya desde entonces –con el antecedente muy cercano de la invasión por Playa Girón– este dilema, reiterado en textos posteriores, perturbaba a Titón. Para un intelectual honesto, que considera que “...el proceso de desalienación del hombre es (...) el objetivo final de la Revolución” (194), la idea de conformarse, de pasar por alto “las pequeñas injusticias” en función de un ideal más trascendente, es fuente de contradicciones e incertidumbres. No solo para él, sino para otros intelectuales esto se convertiría en un conflicto. Transformado por las autoridades políticas en lugar común, lema sibilino repetido hasta la saciedad en diferentes contextos, serviría para acallar críticas y desacuerdos. Bajo la intimidante consigna de no poner en peligro la seguridad nacional o perjudicar el proceso revolucionario, no solo se silenciaron demasiadas voces, sino que se han cometido muchos atropellos.



En esa misma carta, Desiderio marcará otras líneas – "Ahora se está haciendo lo único que puede hacer fuerte a la revolución: se está ventilando todo públicamente" (139)–, que establecen un claro contraste con la tendencia acentuada en los últimos años de maniobrar cada vez más tras bambalinas, ocultar y esconder.

El otro texto que aparece muy subrayado es "Para un cine marginal" (1968), en el cual Gutiérrez Alea imagina "Un cine al margen del 'gran' cine" –precoz anticipación del cine independiente– que "...jugaría el papel de un instrumento de exploración y análisis en profundidad. Sería una especie de bisturí que penetrara en la carne misma de nuestra realidad y nos permitiera llegar al punto donde se puede señalar una anomalía determinada". Este proyecto estaría encaminado a abordar "problemas como la burocracia, la aplicación mecánica de una orientación, el abuso de poder, la moral 'socialista' (burguesa), el problema generacional, las capas discriminadas... etc.", cuestiones que lejos de disminuir han tenido, con alguna que otra excepción, un aceleradísimo incremento de entonces a acá.

Y, desde luego, aparece también muy subrayado el conocido "Informe a Alfredo" (1971), donde están resaltadas líneas como las siguientes: "Y todo proceso vital sano está movido por impulsos revolucionarios, de la misma manera que los procesos morbosos sufren impulsos reaccionarios, regresivos, fascistas... (dialéctica del cáncer)" (191); "...el intelectual (y el artista) no puede ser un payaso ni un adorno en esta sociedad" (195); "Y ahora lo único que se puede oponer eficazmente a una desvirtualización del sentido último de la Revolución (...) es la participación creciente de las masas en las tareas del gobierno, la progresiva asunción del poder (y la responsabilidad) por las masas" (206). Es evidente que llaman la atención del autor de *Las causas de las cosas* aquellas ideas en las que Titón está exponiendo, desde entonces, peligros y errores que pueden, no solo desvirtuar sino conducir al fracaso de un proyecto.





Décadas más tarde, en *In media res publicas: Sobre los intelectuales y la crítica social en la esfera pública cubana*, Desiderio estudiará, apoyándose en ejemplos concretos, los diferentes modos de descalificación, manipulación y silenciamiento de las expresiones críticas de los intelectuales. Esas tácticas, repetidas hasta la saciedad, lejos de moderarse o disminuir, se han incrementado, han adoptado formas más agresivas, burdas, desembozadas y también más prepotentes y arrogantes en su desprecio a los reclamos de los artistas y los ciudadanos. También se ha ido transitando por un camino acelerado hacia la mediocridad, la falta de rigor, la ignorancia y el deterioro de las instituciones culturales –no determinado precisamente por la falta de recursos sino, entre otros motivos, por el modo de distribuirlos, privilegiando muchas veces la mirada complaciente y no el talento.

Pero es en el texto escrito por Desiderio, a raíz de la denominada “guerrita de los emails”, que se aborda un problema que considero de la mayor importancia en el actual contexto:

En mi artículo *“In media res publicas”* he hablado de la responsabilidad de los políticos en las limitaciones del papel crítico del intelectual (...), pero esa es solo la mitad del problema. La otra mitad –merecedora de un simétrico artículo– es la responsabilidad de los intelectuales: sin el silencio y la pasividad de la casi totalidad de ellos (por no mencionar la complicidad y el oportunismo de no pocos) el “quinquenio gris” o el “pavonato”, como ya entonces lo llamaron muchos, no hubiera sido posible, o, en todo caso, no hubiera sido posible con toda la destructividad que tuvo. [2]

Esa otra mitad del problema se torna fundamental en las presentes circunstancias. La actitud del intelectual (ciudadano) en la defensa de sus derechos, entre ellos la libertad de expresión, está, como señala Desiderio, muy vinculado con los valores éticos del individuo en relación con los cuatro aspectos mencionados: silencio, pasividad, complicidad y oportunismo. Hay diferentes modos de allanarle el camino a un gobierno autoritario.

Hay también formas de resistencia que no tienen por qué ser violentas, aunque sí difíciles de domesticar, que emanan de la propia dignidad y de un concepto individual de libertad cívica.

[2] Navarro, D. (2008). “Para una cronología”. En *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión*. La Habana: Centro Teórico-Cultural Criterios, p. 8.

Lo sucedido en el cementerio de Colón cuando –después de celebrada la última reunión presencial de la Asamblea de Cineastas Cubanos en el cine «23 y 12»– fuimos con Gretel Alfonso, la viuda de Nicolás Guillén Landrián, a depositar flores en su tumba, no fue ya una triste farsa, sino una grotesca y peligrosa escena negadora de elementales derechos ciudadanos. ¿Se creía la coordinadora del gobierno provincial, cuando nos prohibía el paso, que ella era Oyá, la dueña del cementerio? ¿Había que ser familiar del cineasta fallecido, incluso tener la propiedad de la bóveda para depositar en su última morada el ramo de girasoles que llevaba Luis Alberto García en nombre del gremio? ¿A qué órdenes respondía la representante del gobierno? ¿A las mismas que desataron la golpiza a los poetas en Matanzas aquel 8 de diciembre de 1988? ¿Quién sería el encargado de dar la señal de inicio de actos de violencia a los represores camuflados, vestidos de civiles, apiñados en los portales de las oficinas, a los sepultureros que filmaban con celulares, a los que lo hacían desde sus motos, a los policías de las dos patrullas estacionadas allí? ¿Era solo una farsa grotesca o un ejercicio de intimidación, amenaza y prepotencia? ¿Una amedrentadora exhibición de fuerza para vulnerar derechos ciudadanos? ¿Cuál era el límite que no podríamos sobrepasar? La prohibición fue violada, el límite transgredido, pero solo levemente: un pequeño grupo pasó adelante. Otros –los estudiantes de la FAMCA (Facultad de Arte de los Medios de Comunicación Audiovisual) y su profesor Gustavo Arcos– tuvieron que esperar por el regreso de los primeros para realizar su homenaje.



La repetición, década tras década, de hechos similares de censura y violencia, anula la posibilidad de considerarlos sucesos aislados, casuales, debidos a errores que luego pueden intentar ser reparados, como sucedió con los poetas en Matanzas. En el caso del cementerio, la violencia, no resuelta finalmente en agresión física sino en intimidación, violó los límites de lo sagrado, el respeto a un sitio cuyo mismo nombre –camposanto– lo sitúa en una dimensión simbólica particular: lugar de paz, silencio, recogimiento, respeto. La represión transgrede hoy fronteras que hace unos pocos años hubieran parecido inviolables.

Los reclamos de los cineastas son desoídos por las instituciones y las autoridades culturales, sus demandas no atendidas, la posibilidad de dialogar cancelada, las cartas e informes groseramente ignorados. El silencio habla. Posee su propia elocuencia. Desprecio, arrogancia, ninguneo, obcecación en censurar, negar y prohibir son algunos de sus mensajes.

En "Miradas confundidas: ciudadanía y política en Cuba" la historiadora Alina Bárbara López afirma:

Ellos (los grupos de poder) no miran hacia abajo y nosotros hemos mirado demasiado e infructuosamente hacia arriba. Es hora ya de que volvamos nuestros ojos hacia el lado y empecemos a mirarnos entre nosotros. (...) Nuestra mirada debe ser hoy más aguda que nunca. Hemos perdido demasiado tiempo. [3]

El carácter inclusivo y abierto de la Asamblea de Cineastas de Cuba, que trasciende las fronteras geográficas de la isla y abarca una emigración que, sobre todo en los últimos años, desangra vertiginosamente al país, es un modo de comenzar "a mirarnos entre nosotros". Opuesta a cualquier forma de discriminación y a los límites impuestos a las libertades de pensamiento y expresión, vuelve los ojos hacia los más diversos lugares del mundo donde cada cineasta cubano –dígase creador audiovisual– pueda ofrecer una visión propia a través de su arte. Esa mirada horizontal pretende sortear escollos, muros y fronteras que se interpongan o cieguen el atisbo de un nuevo paisaje. Pero, sobre todo, podría avizorar –con catalejo o microscopio, con lupa o gafas oscuras, a través del lente de la cámara o simplemente a ojo descubierto– la nación posible, proyectando, desde ahora, un porvenir donde renazca la esperanza y comience a menguar el dolor de tantas pérdidas. Un futuro que dejase atrás, como una terrible pesadilla, este presente cada vez más alejado del ideal de justicia del que hablara Tomás Gutiérrez Alea, y de su propósito último: la desalienación de los seres humanos que, desde luego, tiene como premisa su libertad y su plena dignidad.

[3] López Hernández, A. B. (2021). "Miradas confundidas: ciudadanía y política en Cuba". Recuperado de CubaxCuba. <https://www.cubaxcuba.com>